

LITERATURA Y ARTE EN LA INDIA TRADICIONAL

Oscar Chavarría Aguilar



La India, junto con la China, representa una de las culturas continuas más antiguas del mundo. Esa cultura ha dado a la humanidad una religión universal, el Buddhismo, y otra que, aunque exclusiva del subcontinente donde nació, se cuenta entre las religiones mayores del mundo: el Hinduismo*. La India además ha recibido en su seno a tres religiones naci-

das en otros lares: la hebrea, la cristiana y la islámica. El subcontinente ha sido invadido y conquistado repetidamente, entre otros, por los griegos capitaneados por Alejandro Magno, por los musulmanes y, por último, por los ingleses, sin que la cultura autóctona haya perdido ni su carácter individual ni su vigor.

El mundo occidental conoce a la India desde la antigüedad; los griegos la conocían; la conocían también los árabes. Mas, no es sino con la llegada de los portugueses a finales del siglo XV y luego de los ingleses, un siglo más tarde, que se comienza a conocer a fondo su cultura y su historia. Los ingleses se establecen primero en el puertecito de Surat,

al norte de Bombay, como comerciantes, y terminan dueños del subcontinente. Con este descubrimiento, por el Occidente, de la vastísima literatura de la India y de su antigua lengua, el sánscrito, nace la disciplina de la indología, y la de la lingüística comparada.

La literatura de la India tradicional es quizás la más extensa del mundo antiguo, mucho más extensa sin lugar a duda que cualquiera de las de nuestras civilizaciones clásicas. Por ejemplo, la gran epopeya, el *Mahabharata*, es ocho veces más extensa que *La Ilíada* y *La Odisea* de Homero juntas, y el *Mahabharata* es únicamente una parte mínima del total de esa literatura. Ella abarca todas las áreas del saber y del quehacer humanos menos una: filosofía, leyes, moral, medicina, política, astronomía (y astrología), fonética y gramática, la epopeya, poesía, etc.; todo menos historia. Es en sumo extraño que una civilización tan alta, que parece haberse ocupado de todo el quehacer humano, incluso de la reglamentación de los más íntimos detalles de la conducta cotidiana de sus ciudadanos, y de la especulación filosófica más abstrusa, nunca se ocupara de la historia. Mas es así.

La civilización índica o indoaria tiene su comienzo allá por el año 1500 a. de J.C., cuando unos grupos nómadas, procedentes del Asia Central, irrumpieron en las planicies del noroeste del subcontinente índico, sin duda por los pasos como el de Khyber que allí cortan la alta cordillera del Hindu Kush y que han constituido siempre la ruta

* Véase el Apéndice I.

clásica de la invasión a esa región. Estos nómadas estaban organizados en tribus y clanes y hablaban una lengua indoeuropea: el sánscrito.

Los nuevos invasores conocían el bronce, del que hacían armas (y quizás el hierro); poseían caballos y empleaban carros de guerra tirados por sus bestias, las cuales también montaban. El **Rigveda**, el más antiguo y el más venerado de los documentos de la antigua cultura aria, contiene unos bellos versos en elogio al caballo.

No tardaron mucho estos nómadas en subyugar a los pueblos autóctonos del valle del río Indus, quienes poseían una cultura muy superior a la de sus conquistadores, ejemplificada en las ciudades de Harappa y Mohenjo-Daro (véase lámina I). Se adueñaron de esa región regada por el Indus y sus cuatro ríos tributarios que dan a ella el nombre actual (nombre persa) de Panjab o “Cinco Ríos”.

Estos nuevos dueños del subcontinente se llamaban a sí mismos arios, es decir, nobles; traían consigo una literatura oral cuyo núcleo lo constituía una colección de himnos —unos mil y resto— el ya citado **Rigveda**, “Compendio de Himnos”. Este bien puede considerarse el fundamento no sólo de la “religión” de ese pueblo sino de toda una tradición cultural que aún vive en la India del siglo XX. Los himnos del **Rigveda** se recitan y se emplean en los más diversos ritos en la actualidad a lo largo y ancho de la India; uno de ellos, un himno al sol, a Savitri, conocido por el nombre de *gayatri* por la forma de su métrica, lo recitan todas las mañanas al despuntar el alba incontables millones de hindúes piadosos.

Los himnos del **Rigveda**, en su mayoría propiciatorios a los varios dioses del panteón védico, incluyen también material de carácter profano: entre otros, los versos dedicados al caballo ya mencionados y el llamado “Lamento del tahúr”, en el que éste se queja del vicio que lo ha llevado a la ruina. La calidad literaria de este material es superior. La religión que expone el **Rigveda** (es simple, naturista; la mayoría de los dioses representan aspectos de la naturaleza: Savitri (y Surya), el sol; Ushas, la aurora; Vayu, el viento; Agni, el fuego y en particular el fuego sacrificatorio. Hay una abierta interdependencia entre el hombre y sus dioses: si bien el hom-

bre no puede vivir sin la ayuda de los dioses, tampoco estos pueden vivir sin los hombres. El principal vocábulo que significa oración, *bráhma*, viene del verbo que significa nutrir: quien ruega nutre y sustenta a los dioses.

El dios principal de este primer período de la cultura indoaria se llama Indra, quien parece ser la forma deificada de un antiguo héroe de culto. Representa el relámpago y el trueno, atributos que comparte con el griego Zeus y con el escandinavo Tor (o Thor), y es sin duda una antigua herencia indoeuropea anterior a la llegada de los arios en el subcontinente. En sus hazañas Indra va acompañado de los Asvin, “poseedores de caballos”, hermanos que corresponden con bastante fidelidad a los hermanos Cástor y Pólux de la mitología griega.

Existen tres vedas además del **Rigveda**: el Yajurveda y el Samaveda consisten en su mayor parte en material extraído del **Rigveda** y tratan, respectivamente, del sacrificio y del canto, pues los himnos del **Rigveda** son siempre entonados. El cuarto veda, el Atharvaveda o “veda de los Atharvan” (una clase de sacerdotes), contiene elementos de magia y hechizo. Es bastante más reciente que los tres primeros, probablemente redactado después de la llegada de los arios a su nueva morada.

A cada veda corresponden varias clases de literatura ancilar: los Brahmanas analizan minuciosamente los ritos del sacrificio y son los más antiguos documentos en prosa en lengua indoeuropea; los Aranyakas son tratados místicos que se deben ponderar en la tranquilidad de un retiro en la selva (aranya); los Sutras comprenden material sobre temas muy diversos que se desprenden de los vedas; se les llama sutras por su forma: aforística, lacónica, casi algebraica. Las Upanisadas son tratados especulativos sobre el tema de Vedanta, “el fin (o finalidad) de los vedas”. Son numerosas y de una argumentación sumamente compleja; marcan la transición del abierto deísmo del período védico al teísmo del siguiente período del hinduismo y constituyen las bases de éste. (También marcan la transición del sánscrito védico al sánscrito clásico). Datán aproximadamente de los siglos VIII, VII y VI a. de Cristo. Son tratados teológicos en el pleno sentido de esa palabra.

El fermento intelectual que caracteriza la épo-

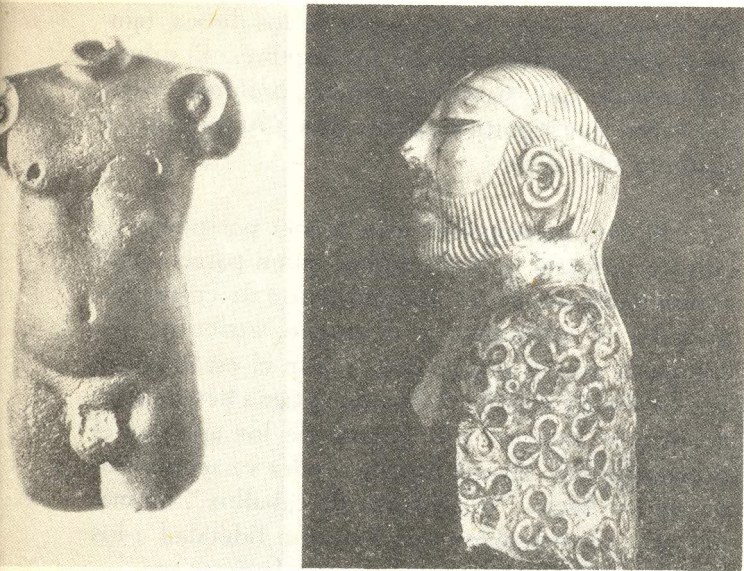


Lámina I. *Arte de la civilización del Valle del Indus. Izquierda: torso masculino con cabeza y brazos separables. Proviene de Harappa. Derecha: Señor de barba. Proviene de Mohenjo-Daro. 3300-2000 a. de J.C.*

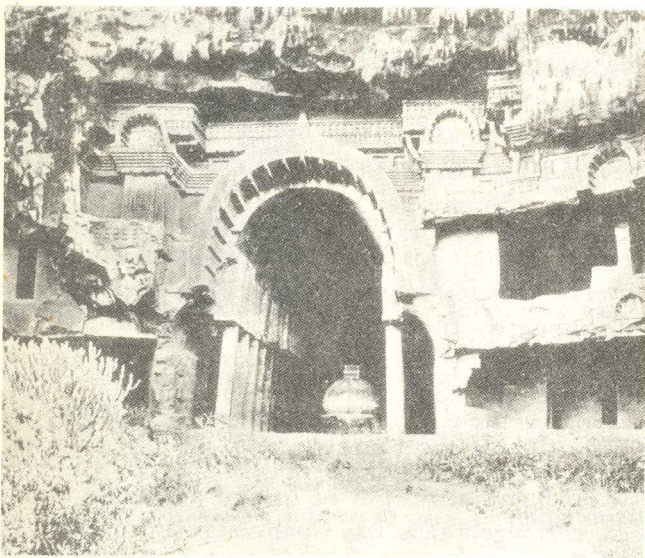


Lámina II. *Templo caverna cavado de la roca viva. Buddhista, época Sunga, 185-80 a. de J.C. Al fondo se aprecia un stupa también cavado, en redondo, de la roca al igual que las columnas.*

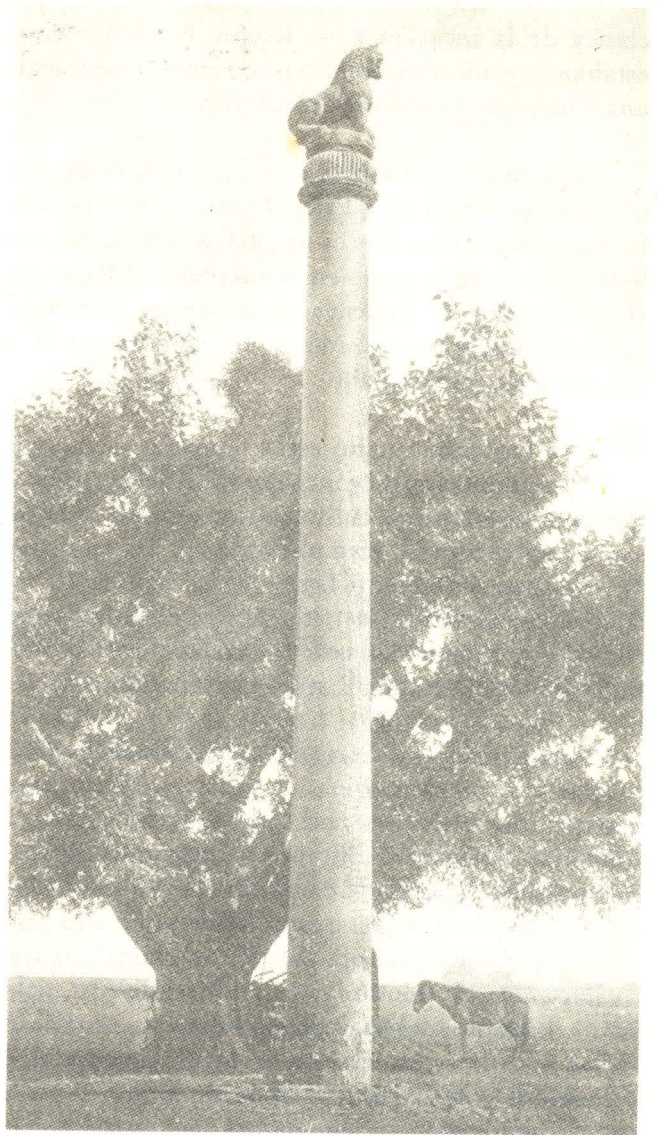


Lámina III. *Columna de Asoka grabado con uno de sus edictos y con capital de león. Nepal. Maurya, 322-185 a. de J.C.*

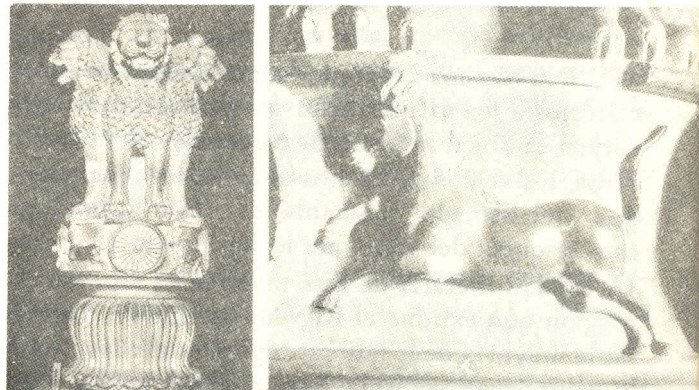


Lámina IV. *Izquierda: Capitel de una columna de Asoka. Derecha: Detalle de capitel. Maurya.*

ca de las Upanisadas —entre las cuales se cuenta la celeberrima Bhagavad Gita, “La Canción del Señor”, que se encuentra incrustada en el Mahabharata— y del naciente Hinduismo, produce dos religiones más: el Jainismo, sistema austero que nunca llegó a ser una religión popular pero que nunca ha dejado de tener su núcleo de fieles devotos; y el Buddhismo, que llegó a ser religión universal, la prin-

cipal de Asia, y que desaparece casi totalmente de la misma India, absorbida ya en el siglo VII de nuestra era por la facción Vaisnava, “de Visnu”, del Hinduismo: el propio Buddha llega a constituir la novena de las diez encarnaciones de Visnu*. A estas dos últimas religiones se les suele llamar heterodoxas, y al Hinduismo, ortodoxo, simplemente porque éste admite la validez de la autoridad de los vedas mientras que aquéllas la niegan de una manera u otra: el Buddhismo rechaza en forma explícita la institución de castas. Mas las tres tienen mayor parecido entre sí del que cualquiera de ellas tiene con el sistema védico que las antecede y del cual nacen. Las diferencias entre el período védico y el épico/clásico posterior son, en cuanto a pensamiento filosófico-especulativo, radicales.

La literatura canónica y no canónica del Hinduismo está escrita en su gran mayoría en sánscrito; una excepción interesante se da en el drama donde los reyes, brahmanes y dioses hablan el sánscrito, la lengua perfecta; y las mujeres, el bufón (quien es, paradójicamente, siempre un brahmán), los sirvientes, etc., hablan varios prácritos, las lenguas naturales. La literatura propiamente budhista y jaina es casi toda de carácter religioso. La budhista está escrita en Pali, en una forma del sánscrito llamado híbrido, y también en varios prácritos, idiomas que representan el estadio lingüístico posterior al sánscrito del período clásico, y que incluye el Pali. La mayor parte de la literatura jaina está escrita en el prácrito mejor conocido de todos, el Maharastri del occidente de la India, y también en sánscrito.

Por la ausencia casi total de manifestaciones artísticas durante más de un milenio a partir más o menos de la llegada de los arios, el período védico

* Véase el Apéndice II.

—o brahmánico, como también se le llama— pareciera no haber inspirado al artista de esa India. Lo que sería de extrañar dadas las claras y fuertes tradiciones artísticas que preceden y siguen a ese período. Más probable es que el arte de este período se perdiera por haber sido confiado a materiales perecederos: los templos caverna, esculpidos de la roca viva, que datan de finales de la era precristiana y que representan los más antiguos ejemplos arquitectónicos, fueron sin duda copiados de precursores en madera, pues muestran detalles y elementos de construcción totalmente ajenos a trabajo en piedra. Nótese, por ejemplo, los detalles de la entrada del templo de Bhaja (India occidental; lámina II) con su “techado” en arco y sus “vigas” que reflejan claramente elementos de construcción de madera. También las columnas del interior son totalmente superfluas: talladas en redondo de la roca de la montaña, no sostienen nada en absoluto. Su único efecto es decorativo.

Lo cierto es que hay una laguna de más de mil años entre el arte de Harappa y Mohenjo-Daro y los primeros monumentos propios de la civilización indoaria. Estos últimos datan de mediados del siglo IV precristiano y pertenecen a la dinastía Maurya (c 322-185 a. de J.C.), fundada por Chandragupta Maurya, adversario de Alejandro según la tradición y abuelo del insigne emperador Asoka. Este emperador aceptó el Buddhismo y reinó, entre 264 y 228 (o 227) a. de J.C., fundamentando su política en los preceptos morales de esa religión.

Los primeros ejemplos del arte indoario son monumentales, en piedra y, en su mayoría, inspirados por el Buddhismo. Entre ellos se encuentran varias columnas grabadas con los edictos del emperador Asoka y coronadas de capiteles tallados (láminas III, IV). De este período precristiano datan también los templos caverna cavados de la roca viva, y los stupas —túmulos construidos como depósitos de los restos mortales del Buddha (lámina V)— con sus barandas labradas con escenas de la vida del Buddha. Durante un corto período temprano en la historia del Buddhismo se representa al Buddha únicamente en forma simbólica: en el cuadro superior de un poste de la baranda del gran stupa de Sanchi (India central; lámina VI) el Buddha es representado por el “trono” al pie del árbol bajo el cual el príncipe Siddhartha llegó a ser el Ilumi-

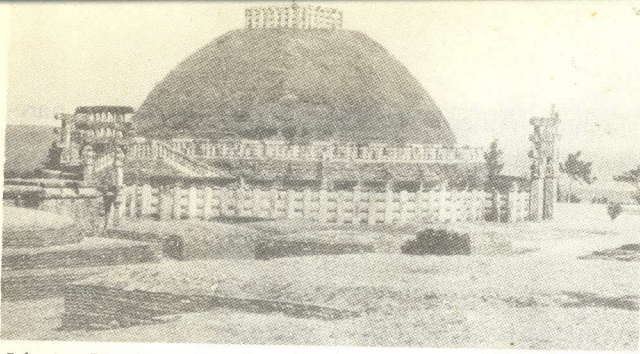


Lámina V. Sanchi. El gran stupa. Período Andhra, 220 a. de J.C. a 300 A.C. El túmulo ha sido restaurado.



Lámina VII. El Buddha sentado. Kusana, c 50-320 A.C.

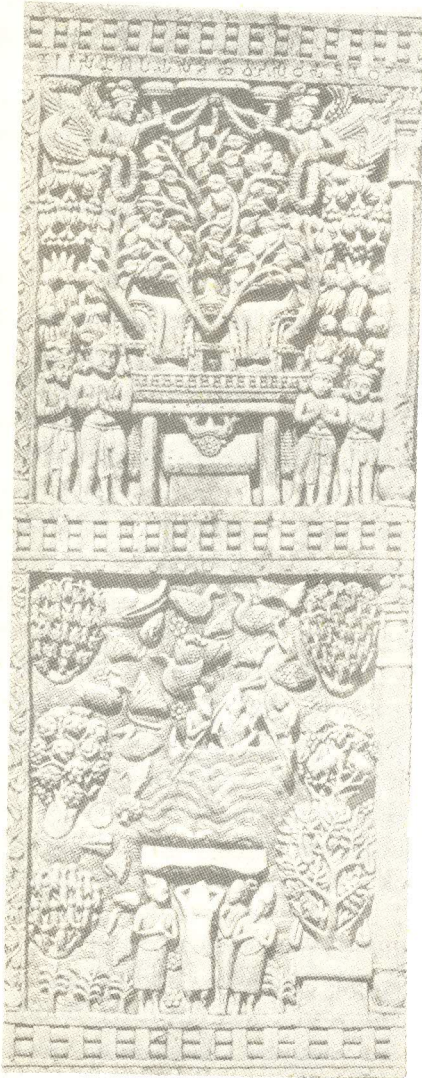


Lámina VI. Poste de la baranda del gran stupa de Sanchi. Andhra. El cuadro superior representa la Gran Iluminación del Buddha.

